

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre... 27	
Semestre... 52	
Un año..... 100	
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso II el Casto.—Al Sr. D. José Gutierrez de la Vega (poesía).—Leyendas moriscas: la asonada.—En la sentida muerte de la señorita doña Elvira de Cáceres (poesía).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (continuación).—Revista de modas.—Explicación del figurín.—Advertencia.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO II, EL CASTO.

La corona de Asturias, arrebatada por la fuerza desde que el puñal regicida de Aurelio arrancó en Cangas la existencia á su primo el legítimo soberano D. Fruela, en venganza, sin duda, del asesinato de Bimarando, ejecutado por este monarca despues de ornar la cabeza del impotente Silo, del infame Mauregato y del débil y medroso Bermudo I, llamado el *Diácono*, vino á ceñir definitivamente las egresias sienes de Alfonso II.

El reinado de este monarca, hijo legítimo de don Fruela y de su esposa la noble bascona doña Munia,

fue uno de los mas prósperos y gloriosos de aquellos tiempos, y es, á no dudarlo, sobre el que mas desacordes se encuentran los historiadores, asentando unos como verdaderos y rechazando otros como falsos los mas notables acontecimientos que durante el mismo tuvieron lugar.

Esta diversidad de pareceres, imperdonable si se tratara de épocas mas cercanas, es harto natural refiriéndose á aquellos siglos de hierro donde el ruido de las armas lo asordaba todo, y de los cuales solo pueden darnos noticias alguno que otro carcomido cricon debido á la pluma de algun venerable monje, ó á los restos de sepulcros y edificios que la mano del tiempo no ha podido borrar todavía.

El carácter recto y bondadoso del Rey, unido á su liberalidad en recompensar servicios, y á su destreza en las lides, le valieron el captarse las simpatías de algunos nobles malcontentos, que esperaban ver reproducidos en el hijo los defectos del padre, proporcionando de esta manera á la monarquía enflaquecida y débil, bajo el cetro de Bermudo, un vigor y una vida nueva.

Los árabes, ensoberbecidos y alentados por la impotencia de los últimos Reyes cristianos, á quienes

vendian la paz en cambio de tributos, trataron tambien de que el nuevo monarca les rindiese parias; y al ver la dignidad con que D. Alfonso rechazó sus orgullosas pretensiones, rompieron por Asturias con un poderoso ejército mandado por el célebre caudillo El-djihed, seguros de hacer pedazos á aquel pequeño reyezuelo que osaba contrastar su formidable poderío.

Pero semejante accion no arredró en nada el alma vigorosa del Rey cristiano, quien, reuniendo su hueste, voló al encuentro del enemigo, confiando solo en la justicia de su causa y en el amparo del cielo.

En el sitio llamado *Lutos*, hoy *Llamas del Mouro*, cerca de Tineo, se encontraron al fin los dos ejércitos. La lucha fue terrible y sangrienta; pero el laurel de la victoria ciñó por fin la frente del Rey Casto, que logró derrotar completamente á los infieles, dejando tendidos en el campo 70,000 de ellos, poniéndolos en desordenada fuga, y aboliendo con tan señalado triunfo el vergonzoso feudo de las cien doncellas, que, segun opinion de algunos respetables historiadores, se comprometió á pagar todos los años el usurpador Mauregato al califa de Córdoba.

Tan importante victoria fue el prólogo, digámoslo así, de los muchos y gloriosos combates que don Alfonso, en alas de su fe y de su arrojo, libró con el mejor éxito contra las huestes infieles, logrando desgarrar sus banderas en Naharon, entre Lugo y Betanzos, y en Pontevedra, á las márgenes del Anceo, agregando á su dominio con esta última victoria la importante plaza de Zamora y la mayor parte del terreno bañado por el Duero.

Tambien logró clavar sus estandartes vencedores sobre los robustos muros de Lisboa, y hacer levantar los sitios que sobre importantes plazas pusieron en distintas ocasiones los hijos del Profeta.

Pero no fue solo en las guerras con los infieles donde vió el católico monarca acariciados sus pendones por el viento de la fortuna, sino que tambien consiguió vencer á Carlo-Magno, Emperador de los francos, que con una hueste aguerrida penetró en España, siendo Roncesvalles la tumba de sus mejores caballeros, y donde se estrelló su esfuerzo y su poderío.

Tan heroicos hechos levantaron á tal altura la preponderancia de la monarquía asturiana, aquella

monarquía formada por D. Pelayo entre las erizadas crestas de Covadonga con los fugitivos del Gaudete, que el emir de Córdoba, acostumbrado hasta entonces á mirar con el mayor desprecio á aquel puñado de montañeses, tuvo que allanarse á tratar de potencia á potencia con Alfonso, reconociendo, á pesar suyo, la importancia de aquel Rey ante cuyo brío cayeron en distintas ocasiones sus célebres y esforzados capitanes Abdallah-ben-Maleki y Abdelkerim.

No eran solo las cosas de la guerra las que absorbían toda la atencion del monarca asturiano, pues atento tambien á los asuntos interiores del reino, logró, á fuerza de constancia, hacer que las leyes antiguas, las ciencias y las artes, abandonadas completamente durante los primeros años de la restauracion, empezasen á brillar de nuevo levantándose del polvo en que yacian enterradas.

Ademas de esto, puso su principal cuidado en las cosas religiosas, llegando hasta tal punto su fe y su piedad, que dejó muy por detras de sí á los monarcas que le precedieron.

Levantó desde los cimientos la iglesia mayor de Oviedo, que, dedicada al Salvador, fundó años atras su padre D. Fruela, y cuyo templo habia sido destruido por los infieles en una de sus invasiones.

La severa y majestuosa arquitectura bizantina fue empleada por el Rey Casto para esta edificacion, decorando el interior de la iglesia con un lujo hasta entonces desconocido, siendo tanto su celo, que, segun asevera el Arzobispo D. Rodrigo, despues de asignar para su conservacion crecidas rentas y otorgar nuevos privilegios y donaciones, alcanzó del Papa Leon III que su templo se hiciese arzobispal, siendo Adulfo, esclarecido baron de alcornia goda, el primer Prelado que tuvo la dicha de regir aquella catedral, la primera de la restauracion.

Terminada la suntuosa basílica, en cuya obra se emplearon treinta años, segun opinion de algunos, el Rey trató de adornarla con una joya digna de tan magnífico templo, para lo cual reunió cuanto oro y cuantas piedras preciosas poseia, queriendo labrar con tan escogidos materiales una gran cruz que fuese la admiracion de cuantos la vieran.

La tradicion, que todo lo embellece, cuenta que

un día al salir el Rey de misa, apenado por no encontrar en su reino artistas suficientemente hábiles á quien encomendar tan delicado trabajo, en la puerta del templo se presentaron á él dos peregrinos jóvenes ofreciéndose á ejecutar la obra segun su deseo.

Llevoles el Rey á una apartada cámara de su palacio, y entregándoles los preciosos materiales, se les dejó solos.

Pasado algun tiempo, el monarca, seguido de sus cortesanos, acudió á examinar el estado en que llevaban la obra, sorprendiéndose ante el doble prodigio de ver que los peregrinos habian desaparecido y contemplar suspendida en el aire una cruz primorosamente elaborada que arrojaba vivos y celestes resplandores.

Esto dió márgen á que se creyera que eran dos ángeles aquellos peregrinos, y desde entonces la preciada joya se llamó la Cruz de los Ángeles, bajo cuyo nombre se la venera todavía en la catedral de Oviedo.

El monje de Silos, Pelayo y algunos piadosos cronistas de su tiempo, acogieron como cosa cierta la milagrosa obra de esta Cruz, y no participando otros de iguales creencias, aseguran que los dos peregrinos que la ejecutaron eran artistas árabes, de Córdoba, que por aquel tiempo distinguíanse en la delicadeza y esmerado gusto con que practicaban las obras de platería, y, sobre todo, los adornos de filigrana que tanto abundan en aquella preciosa alhaja.

Pero á pesar de esta opinion, acertadísima en nuestro concepto, la Cruz fue elegida por el Rey como divisa de guerra, y aun todavía se pinta en los escudos de armas de la ciudad y catedral de Oviedo sobre campo azul, sostenida por dos ángeles.

Otro acontecimiento no menos notable, no menos peregrino y milagroso que el anterior, tuvo tambien lugar durante tan feliz reinado, en la era 875, un día antes de las nonas de setiembre: el descubrimiento del sitio donde yacia sepultado el cuerpo del Apóstol Santiago.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

AL SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA,

POR SU BELLÍSIMO PENSAMIENTO DE ETERNIZAR LAS GLORIAS DE LA LITERATURA Y LA POESÍA GRANADINA (1).

Ya mi ciudad, cuna hermosa

de los nobles trovadores,

de los guerreros insignes,

de los artistas de nombre,

de las glorias y trofeos

que admiraron todo el orbe,

de los sepulcos que encierran

renombrados infanzones.

La de los sabios filósofos,

la de grandes oradores,

la de espíritus sublimes,

la de los altivos hombres.

La de famosas conquistas

y arrogantes campeones,

la de justas y torneos

de gallardos vencedores.

La que tiene un paraíso

coronado por mil torres:

señora de las ciudades,

joya de antiguo renombre.

La llorada por el moro,

la de los suelos de flores,

la que tiene de verdura

tapizadas sus mansiones.

La mas bella que Damasco

y mas florida que el Tormes,

y mas fértil que la Italia

de aromas embriagadores.

La que con la yedra viste

sus altivos murallones,

la que el pueblo con sus cantos

adormece por las noches.

La de la esplendente luna

con los rayos como soles,

y las mujeres hermosas

(1) Poesía leída con general aplauso por la autora en el liceo de Granada, y dedicada al señor gobernador de aquella provincia, por la reunion de poetas y literatos que ha convocado dicho señor para hacer que se reúnan y se publiquen las obras de los árabes y cristianos de aquellas cuatro provincias, y eternizar de este modo las glorias de tan hermoso país.

y los hombres decidores...

Hoy del letargo se alza
como el guerrero que oye
la voz del clarín que anhela
que sus victorias pregone.
Hoy las tumbas se iluminan
de los sabios pensadores
que dieron luces al mundo
y á su patria gloria y nombre.
Y las obras de Fray Luis,
de Álvarez, Lucas de Arcones,
de Mendoza, de Latino,
de Carvajal, y de Lopez,
de Loaisa, y de Leon,
de Rojas, Teruel y Gome,
hoy se levantan triunfantes
como las nubes informes.

—¿Quién nos llama, se preguntan,
después que los siglos corren
y en el olvido se dejan
pasadas generaciones?

¿Quién sacude el negro polvo
que nuestras tumbas corroe,
y hace de nuestras cenizas
resucitar los cantores?

¿Quién á los árabes llama
con sus ricas tradiciones,
y sus guzlas melodiosas
que resuenan en los bosques?

¿Quién se afana por que el mundo
reconozca sus amores,
sus palacios, sus riquezas,
sus murallas y sus bronce?

¿Quién, á la sin par Nazhuna,
á quien Alkatib dió nombre,
hoy llama entre los cristianos
para premiar sus canciones?

¿Quién los laureles y triunfos
hoy resucita, que esconden,
los gastados del tiempo,
sudarios rotos y pobres?

¿Quién saca nuestras endechas,
nuestras divisas y motes,
nuestras glorias granadinas
y nuestros genios creadores?

Es Gutierrez de la Vega,
el genio entusiasta y noble,
el escritor inspirado,
el que lo grande conoce.
El que en alas del deseo
todos los espacios corre,
y busca para que brillen
los antiguos esplendores.
El amante de las letras,
el español sabio y noble,
el que procura la gloria
de muertas generaciones,
y no olvida en su poder
al que mereció loores.
El que no funda su orgullo
en esos altivos goces,
de gloria y de sed de mando,
ni en mezquinas ambiciones.
El que tiene un genio inmenso
como el sol que da colores,
como el águila que vuela
por los altos horizontes.

¡Salud y paz tributemos
al que tantas emociones
despierta, á su voz llamando
los antiguos escritores!
¡Regocijese Granada,
y las hermosas coronen
las sienes del que así premia
sus ilustrados varones!

ROGELIA LEON.

LEYENDAS MORISCAS.

LA ASONADA.

Pocas veces en que un Rey es proclamado se ve
que el pueblo le aclame todo uniforme y leal; pues
si los pechos monárquicos ven el nuevo sucesor con
la mas grata esperanza, los espíritus libres y revolt
tosos siempre miran como un mal toda testa co
ronada.

Si esto sucede en nuestro cristiano pueblo, igual sucedía en el pueblo morisco siempre que por muerte de un Rey había de sucederle otro en el poder.

Entre las mismas turbas que acudían presurosas á las fiestas y torneos dispuestas para la coronación, se notaban descontentos que juzgaban que el trono no debiera ser hereditario, y que nombrar por Rey al hombre mejor que se conociese sería preferible á esa *real precisa* que les obliga á aceptar el vástago primitivo.

Estas ideas puritanas y disolventes fueron desde el principio de los reinados objeto de mil discordias y mil reñidas batallas, sin que nunca diese resultado alguno; pues si bien es cierto que se nombraron advenedizos en varias ocasiones, llegó el desengaño fatal, enseñando á los descontentos que el ídolo elegido no era lo mismo cuando se hallaba al pie del trono que después de subidas las gradas de él.

Esta verdad, que después le han enseñado al hombre los Emperadores altivos que desde una esfera humilde gobernaron las repúblicas para alzarse después altaneros, apóstatas é impíos con el manto imperial, ya había dado desengaños terribles á la creación, cuando Abu-Abdalá Jusef II subió al trono por muerte de su padre Mohamad I, Rey pacífico y humano que recuerdan los moriscos como símbolo de paz.

Bien fuese lo bondadoso del padre, ó las virtudes del hijo, ó lo cansados que se hallaban los árabes de luchas y guerras civiles, lo cierto es que jamás se había visto mas general entusiasmo en la raza infiel que el día de esta memorable coronación, donde salieron á plaza todas las galas moriscas, los caballos africanos, las gualdrapas andaluzas, los mantos de filigrana, las túnicas de oro y las piedras mas costosas.

Las ventanas de las plazas, los arcos y miradores estaban llenos de bellas, que miraban los ginetes en las justas y torneos palpitantes de emoción, y anhelando ofrecer sus amores y caricias al galán mas esforzado, al moro mas atrevido.

Ufano y gozoso Abu-Abdalá, aunque todavía dolorido su corazón por la muerte de su padre, recibía aquellas muestras de amor con lágrimas en los ojos.

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Á Ti sea dada la alabanza

de aquestas glorias!... ¡á ti te bendigan mis labios eternamente! ¡á Ti, el grande, el vencedor, el único, el verdadero!.....

¡Á Ti, que me das la gracia de este día! ¡á Ti, que me ofreces la corona sin tribulaciones! ¡á Ti bendigo, Dios grande, al empezar mi reinado!

Y el nuevo Rey estrechaba las manos de los alcades y los wálies al decir estas palabras, llenos los ojos de llanto.

—¡Poderoso Rey y señor, contestaba la nobleza: tu padre fue justo, tu padre fue leal, humano, clemente, misericordioso, liberal, y celoso de su honra y la de sus vasallos y servidores; pues bien, el Dios grande te haga como él, pagando nuestro entusiasmo!

Alá te bendiga, y el profeta derrame sobre ti sus felices profecías. Haz feliz á tu pueblo, porque te ama.

—¡Que el Dios grande me castigue, que mi pueblo no me ame, y se tornen contra mí las espadas y gumnias si no honrare la memoria de mi justiciero padre!

Con efecto, Abu-Abdalá cumplió estas palabras, haciendo feliz á su pueblo y manteniendo la paz con D. Enrique, al que le enviaba presentes de valor, devolviéndolos este con la mayor generosidad, y entablándose por ello entre ambos monarcas un afecto amistoso y sagrado, que dió el mayor impulso á la industria y el comercio.

Pero el cielo, en medio de sus dones, dió al buen Rey de los moros uno de esos castigos que no pudo desechar de sí, y que ahogaba como un nudo corredizo á aquel que tiene las manos sin poder arrancarlo de su garganta.

Este fue su hijo Mohamad, que, deshonorando el intachable nombre de su ilustre abuelo, promovió guerra doméstica en el alcázar y guerra civil en el tranquilo pueblo.

Las adoraciones que habían tributado á Abu-Abdalá comenzaron á anublarse, y con frecuencia se veían corrillos de moriscos, en apartados lugares, murmurando de su Rey.

Tenían sus secretas reuniones en las mas ocultas casas de los viejos alfakies, y allí se comentaban los

hechos del monarca, acriminándolos en el mas alto grado que podian.

Lo que mas le echaban en cara era su amor á los cristianos, que, segun decian, llegaria á hacerle trocar la media luna por la cruz.

Los mas encarnizados enemigos del Rey decian haberle visto en los solitarios bosques de la Alhambra leyendo libros de contraria ley, llenos de cruces y *Ave-Marias*, y murmurar despues oraciones que no eran las suyas.

Otros aseguraban que tenia citas frecuentes con los cristianos, y que celebraban festines en las ocultas minas que cercaban la fortaleza y cruzaban la ciudad en direccion á Sierra-Elvira y Sierra-Nevada.

Estas absurdas acusaciones, estos falsos testimonios hallaron eco, como acontece siempre, en los corazones vulgares, que aceptan los hechos sin cuidarse de la verosimilitud ni estudiar el imposible.

Hubo mas de una sibila morisca que marcó graves predicciones, y dijo haber visto por las noches volar el Rey moro al campo de los cristianos, y venir luego acompañado de una hermosa castellana que le ofrecia un escapulario bordado de brillantes, con la Virgen María estampada en blanco raso.

Pero cuando estas disparatadas visiones llegaron á su término fue cuando Abu-Abdalá dió suelta á los caballeros cristianos que apresara el capitan Aben-Habib en los campos de Quesada.

Entonces la descreida turba fue tomando cuerpo, y se fraguaron varios asaltos al alcázar, que, merced al Dios grande, que protegía á Abu-Abdalá, quedaron sin efecto alguno.

Varios avisos á tiempo iniciaron al Rey de las conspiraciones, ahogándolas al nacer; pero dejando en libertad á los rebeldes, porque la bondad del monarca no le permitia derramar sangre, ni encerrar en las mazmorras á aquellos desventurados, á quien llamaba ilusos, conociendo que el error no salia de sus mentes, y si de quien no podia ni descubrir ni castigar.

Este cariñoso padre, que reasumia sus delicias en el alcázar dorado, en sus peces, en sus aves, en sus flores, en sus aguas; que amaba su diván, su azor y sus hijos mas que todas las huries prometidas por Mahoma, vió al fin su corazon destrozado por la pena.

Su natural alegría se tornó en un dolor profundo; su sonrisa franca y espresiva se volvió amarga y sombría, y en vez de gozar cuando oia á sus mujeres cantar y tocar la queda, brotaba de sus ojos amargo llanto.

Que es la música una dicha para el que goza y sonrie, y un puñal al corazon que entre sufrimientos vive.

Si despierta al que en su lecho sueña dichas y festines, hace prolongar su sueño, y de azucenas lo viste.

Pero ¡ay de aquel que llorando duerme entre azares terribles, y al dintel de sus ventanas escucha cánticos tristes! Sentirá un goce que mata, que el corazon no resiste!... el conjunto de las penas, en notas al aire libre.

Bien sabia el buen Rey que todas aquellas tribulaciones las debia á su ambicioso hijo Mohamad, que, deshonorando el nombre de su ilustre abuelo, iba á hacer que el mueslin derramase la sangre del mueslin, y que los valles, alfombrados de vistosas flores, se tiñesen con sangre de hermanos.

Esta guerra fratricida erizaba los cabellos del pacifico monarca, que juzgaba mas heróico y superior sostener una paz entre moros y cristianos que todas las proezas y belicosas hazañas de los mas grandes guerreros.

Quería que su reinado no se recordase nunca con horror, y que no gimiesen por él ni huérfanos ni viudas.

Amaba á los cristianos sin transigir con su fe, pues el nombre de *renegado* le parecia odioso, fuesen cuales fuesen las doctrinas que el hombre recibiese al nacer.

Él creia sinceramente que en la libertad de cultos existia la virtud, puesto que todos amaban un Dios grande y verdadero.

Que la caridad y el amor era el mérito del hombre, y que en muy distintas razas se podia ejercer

dando resultado igual, y así placia al Dios vencedor y justo.

En estas ideas educó á sus cuatro hijos. ¡Joyas amadas de su corazon lleno de dulce ternura!

Mohamad, sin embargo, se reia al oírle, y cuando un hijo rie escuchando los sanos consejos de un padre, es el Judas destinado á venderle y el Cain que prepara el cuchillo para sus hermanos.

Josef, bueno y leal, é hijo respetuoso y amante, deploraba las faltas de este y las encubria con tierna solicitud.

¡Cuántas veces se culpaba de cosas que no cometia por defenderle y separarle del mal! Pero él, rencoroso y cruel, no podia perdonarle el influjo que con el pueblo tenia, y la adoracion que se le tributaba en el alcázar.

(Se concluirá.)

ROGELIA LEON.

EN LA SENTIDA MUERTE

DE

LA SEÑORITA DOÑA ELVIRA DE CÁCERES.

Tended, vírgenes puras, vuestro celeste manto, y al cielo candorosas, mil himnos entonad; la rosa mas amada, la flor del mundo encanto, huyendo de la tierra subió á la eternidad.

Elvira... Sol radiante de gracia y de hermosura, virtud la mas preciada, emblema del amor; casta y pura azucena, angélica criatura, bella como la aurora de nítido fulgor.

Tú fuiste de tus padres el único consuelo; tú de sus esperanzas, el ángel tutelar; y cual brillante astro al elevarte al cielo miraste los pesares sus pechos torturar.

Descansa, virgen bella, recuerdo de otra gloria, en el tranquilo sueño de la eternal mansion;

mi triste canto sea, un canto á tu memoria, que el mundo te consagra llorando de emocion.

¡Tus padres!... por ti oran, por ti llanto derraman, y pierden ¡ay! la calma, que vuela de ti en pos; por eso á Dios imploran, por eso á Dios aclaman... ¡Que tu descanso sea... la bendicion de Dios!

RUEDA LOPEZ.

Almería 30 de marzo de 1884.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.

(Continuacion) (1).

Arturo se abalanzó sobre el papel sin poder ocultar su emocion, y despues de dar algunas monedas al aldeano, que marchó en seguida, besó frenético la esquila y la leyó mil veces. Estaba escrita con lápiz, y decia así:

Querido Arturo: Espérame esta tarde en la Cruz, pues así que anochezca irá á buscarte allí tu desgraciada hermana

SOFÍA.

—Cuáles fueran entonces las emociones de Arturo, y cuán agitado pasaria el resto del día, V. lo puede comprender mejor que yo explicarlo, me dijo mi compañero.

Despues prosiguió:

—No bien el sol se habia escondido en el horizonte, y las sombras de las montañas se estendian por las praderas, cuando Arturo se dirigió á la Cruz; y, si hemos de dar crédito á nuestros abuelos, se sentó en esta primera grada en que nosotros lo estamos.

Ya habia escuchado el esquilon de la aldea que tocaba á oraciones; habia visto levantarse la luna sobre el horizonte y brillar algunas estrellas en lo mas alto del firmamento, cuando sintió á su espalda un ligero ruido; volvió la cabeza, y encontró á Sofía.

(1) Véase el número anterior.

Hacia cuatro días que no la había visto.

—¡Sofía!... exclamó Arturo enajenado, y le tomó ambas manos con cariño.

Sofía no pudo articular palabra; pero exhaló un profundo suspiro, y ambos se sentaron en la grada en que nosotros lo estamos ahora. Referían nuestros antepasados que aquella noche parecía Sofía una virgen, porque estaba pálida, porque ceñía sus esbeltas formas un traje claro, y porque un velo negro cubría su rostro.

—¿Conque te marchas?... exclamó Arturo conmovido hasta el corazón.

—Me arrancan violentamente, murmuró Sofía.

—¿Y qué haré yo cuando me vea solo? exclamó afligido; ¿y qué responderé á los zagales, y á las aldeanas, y á los pájaros, y á la luna, cuando en esta Cruz me encuentre solo y me pregunten por ti?

Sofía no pudo contestar, y cubrió sus lágrimas con el pañuelo.

—¿Y quién responderá á mis canciones cuando al son de mi laud pronuncie tu adorado nombre?

Sofía lloraba amargamente.

—¿Y qué haré, triste de mí, cuando pase junto al castillo y no escuche tu voz; cuando vaya á la iglesia y no te vea; cuando por la noche venga á esta Cruz, donde tanto te he amado, y no te encuentre?... ¿Qué haré entonces? ¡Dios mío!... llorar amargamente la pérdida de mi hermana... llorar un amor de veinte años que espiró!...

—¡Arturo! gritó entonces Sofía, levantándose el velo y tomándole las manos con frenesí; hermano mío, por Dios, no me asesines... consuela á esta desgraciada en su dolor, y no me martirices con tus palabras... Dime, ¿á quién puedo yo amar en el mundo sino á ti?... Arturo de mi alma, ¿con quién se ha criado esta desgraciada sino contigo? ¿Quién sino tú le ha enseñado á amar á mi corazón!...

—Tú me amas aun... murmuró Arturo.

—¿Dudas de mí? exclamó Sofía abatida: pregúntaselo á los pájaros, que son testigos de nuestra pasión; pregúntaselo á esa luna, que tantas veces ha alumbrado nuestro amor... pregúntaselo á esa Cruz, que tantas veces ha escuchado nuestras caricias... No, Arturo de mi corazón; yo no puedo vivir sino á tu lado...

—¿No puedes vivir sino á mi lado? murmuró Arturo con melancólica ironía.

—Me es imposible, respondió Sofía sofocada; porque mi pecho necesita de tu aliento para respirar; porque mi corazón necesita tu mirada para latir...

—Y, sin embargo, tal vez mañana te separarás para siempre de mi lado, exclamó Arturo con amargura.

—Para siempre... ¡Dios mío!... volvió á exclamar agitado.

—Es verdad... ¡para siempre!... repitió Sofía cayendo en un excesivo abatimiento.

Y ambos jóvenes cubrieron sus ojos con los pañuelos.

Hubo un instante de silencio, durante el cual la luna alumbró con plácido fulgor esta Cruz misteriosa y aquellos dos infelices amantes.

—Y haces bien, Sofía, de marchar, le dijo entonces Arturo con terrible calma: huye para siempre de mi lado; huye para siempre de estos lugares que han velado tu infancia, porque tú eres la gran duquesa de Bohemia, y yo soy un infeliz hidalgo, indigno de alternar contigo: marcha pronto á la corte, que te espera con su espléndido lujo, y déjame á mí en estos solitarios campos, donde día y noche lloraré la pérdida del ángel á quien amó mi corazón un día...

—¡Arturo!... murmuró Sofía ahogada.

—Sí, Sofía; sí, hermana mía: en estos valles, donde tantas veces te he mirado... donde tantas veces han escuchado mis oídos tus dulces palabras de cariño... yo me acordaré de ti... yo pensaré en ti... y cuando vuelvan las aves de verano y me encuentren solo en esta Cruz, yo les diré afligido: *Id, palomas, á la corte de España ó de Francia, y llevadle mi corazón...* Y cuando los pobres de la aldea me pidan una limosna, yo se la daré doble, y les diré: *Tomad esta que os envía Sofía por mi mano.*

—Y cuando yo, exclamó Sofía, la mas desgraciada de las mujeres, me vea sola, lejos de mi hermano y de estos campos venturosos, y afligida levante mi corazón á Dios, Dios no oirá otras palabras en mis oraciones que la palabra *Arturo...* porque, hermano mío, si al tiempo de separarnos para siempre es forzoso que esta infeliz mujer abra su pecho, ten entendido, Arturo, que te amo á ti yo cien veces mas

que tú me amas á mí; que solo he vivido en este mundo para Arturo, y que si el pudor me ha hecho reprimir mi pasión, sabe hoy que me arrancan violentamente de tu lado, que tú eres mi esperanza, mi delicia... que solo Arturo en el mundo es mi consuelo...

Arturo escuchaba enajenado á Sofia.

—Y esa luna que nos alumbra desde el firmamento, prosiguió la jóven, y esa Cruz que ha visto nacer nuestro cariño, y ese Dios que habita mas arriba de las estrellas, son testigos de que no me uniré en la vida á un hombre, ó ese hombre ha de ser Arturo.

—Sofia... exclamó Arturo; y abrasado de amor abrió sus brazos.

—Arturo... murmuró Sofia; y anegada en lágrimas dejó caer su cabeza en el regazo de Arturo.

Hubo cuatro minutos de silencio, señor mio, me dijo mi compañero; y la luna bañaba lá frente pura de Sofia, el céfiro de la noche agitaba con suavidad el velo de la niña y los negros cabellos de Arturo, que reclinaba su cabeza en el pedestal de esta Cruz.

Cuando Sofia levantó su pálido rostro, la miró Arturo con cariño, le tendió un abrazo sobre los hombros, como lo hacia en los perdidos tiempos de la infancia, y le preguntó con humilde resignación:

—¿Cuándo te marchas, Sofia?

—Pasado mañana, respondió Sofia con tristeza.

—¿Ya no nos veremos mas? repitió Arturo.

—Sí, contestó Sofia; mañana, al salir la luna, vendré á darte el último adiós al pie de esta Cruz, testigo de nuestro amor.

—¿El último adiós?... murmuró Arturo con amargura: ¡qué palabra tan cruel! ¿Y despues te unirás al marques de Smirch?

—Jamás, respondió Sofia con entereza: te he jurado ser tuya, ó morir en un convento.

—Tambien yo te juro por esta santa Cruz, exclamó Arturo pegando un golpe en la piedra, ó ser esposo de Sofia, ó bajar á la tumba con tu imagen en el corazón.

En esto sonaron las nueve en el lejano reloj de la aldea.

—Adiós, Arturo, murmuró Sofia, levantándose angustia y apretando la mano de su amante.

—¡Ya te marchas!... exclamó Arturo.

—Son las nueve; no me acompañes.

—No te acompaño, Sofia; el que siempre ha vivido contigo, el que diez y ocho años se ha llamado tu hermano y ha sido tu único custodio en estos valles... hoy te comprometo con su compañía...

—¿Cómo ha de ser... Dios lo quiere así! dijo Sofia: hasta mañana, Arturo; y le apretó mas la mano.

—Hasta mañana, respondió Arturo besando la mano de su hermana.

Sofia comenzó á andar ligera, y Arturo se dejó caer afligido en las gradas de la Cruz; pero una densa nube oscureció la luna, y un cuervo pasó volando junto á la cabeza de Arturo.

Arturo lo miró y se asustó, porque los cuervos siempre han sido tenidos en este pais por pájaros de mal agüero.

Mi anciano compañero tomó aliento algunos instantes, como si la relacion de estos últimos sucesos le hubiera cansado ó afectado, y despues continuó así:

—¡Infelices criaturas! ¡Cuánto sufrieron en poco tiempo! El cuervo que pasó junto á Arturo, al oscurecerse la luna, fue en efecto un pronóstico de nuevas desgracias.

—¿Pues qué les ocurrió? pregunté yo.

—¿Qué les habia de ocurrir?... contestó mi compañero: que, bien sea porque el duque de Bohemia baruntara algo acerca de las entrevistas de Arturo con su hija, ó bien porque lo creyera conveniente, sin saber nada de esto, lo cierto es que la mañana siguiente aparecieron cerradas las puertas del castillo, las ventanas abiertas, y todo desalquilado como si de largos años atras nadie hubiera vivido dentro de aquellas murallas.

—¿Y no se sabe cómo marcharon sus habitantes?

—Sí, señor; porque un pastor que entre doce y una de la noche salió de la majada en busca de un cordero que balaba estraviado, dijo que á aquellas horas habia visto cruzar, por el camino que conduce al castillo de la Pica, un coche tirado por cuatro mulas, y ademas seis mancebos montados en bien enjaezados caballos.

Fácil es, señor, comprender la sorpresa que en la aldea produjo el encontrar el castillo en aquella for-

ma, y la impresion que ocasionaria semejante suceso en el afligido corazon de Arturo.

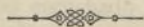
Tan luego como D. Nuño le dió esta noticia con toda la prudencia de un padre cariñoso, se levantó de la cama el desgraciado jóven; y, pálido, solo, convulso como un calenturiento, se dirigió al abandonado castillo, dió la vuelta á las murallas, se sentó en la puerta de hierro por donde tantas veces habia entrado y salido con su amante, miró á las ventanas de la torre, desde donde mil veces habia visto con ella aparecer la luna y brillar las estrellas en el cielo; se fue en seguida á la Cruz, donde la noche anterior le habia besado la mano y habia escuchado de sus labios el juramento de eterna fidelidad; y como la vista de tales objetos no hiciera otra cosa que mas y mas lacerar su angustiado corazon, se retiró á su casa, se cerró en su cuarto, y su afligido padre, que le seguia á hurtadillas, dió orden de que nadie lo interrumpiera en su dolor.

Pues, señor, continuó mi compañero: volviendo á la infeliz Sofia, diré á V. que descubrieron, en efecto, su padre y su novio la entrevista habida con Arturo, y á toda prisa se la llevaron al castillo de la Pica, que dista de aquí dos leguas, y que está edificado en el fondo de un profundo barranco, que forman cuatro inmensas cordilleras de montaña.

—He visto ese castillo, dije á mi compañero; es un castillo feudal.

—Pues bien, continuó: al encontrarse Sofia en aquel solitario desierto, entre aquellas sombrías murallas, y separada para siempre de su Arturo, cuentan que comenzó á sentir en el corazon una pena que la ahogaba, y no deseaba otra cosa la desventurada que estar sola en una de aquellas tristes cámaras, en la cual pasaba llorando el dia, y llorando la encontraba la noche. Pero, aunque sola se creia en su tétrica estancia Sofia, Sofia no estaba sola; porque el marques de Smirch, que era hombre malo y en extremo celoso, empleaba el dia en acecharla por un agujerito de la puerta.

(Se continuará.)



MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Si despues de llevar vesta, chaleco, corbata, camisa *jockey-club*, baston y un par de botas, digo á mis lectoras que solo las georgianas se metamorfosean en hombres, se van á reir.

Los coquetones trajes de Dejaset han tentado á las mujeres bien formadas.

Á la par del sombrerito redondo, serán igualmente encantadores que grotescos los nuevos sombreros que se asemejan á las gorras de las grisetitas.

Rara vez es consecuente la moda consigo misma.

Un par de botas, un vestido y una gorra, ¿no figuran que estamos aun en pleno Carnaval?

Las fantasías primaverales se presentan, no obstante, poco disfrazadas, y el género algerien vuelve otra vez bajo el nombre de rayas orientales. Hay tejidos que forman alta novedad, y parecen tintas de vestibulo, que serán muy originales, pero, francamente, muy feos.

Los trajes á la orden de boga serán el Juan Jacobo, el Florian y el Girondino.

Las encantadoras flores de la novedad recientemente desplegadas son el fichú Emperatriz y el Fontanges. El primero describe draperias de tul formando canesú escotado por detras, y fichú Marie Antoinette por delante, con mangas cortas. Está encajonado con blonda blanca y negra, lo que da un aspecto suave y distinguido. El segundo, con mangas largas, es de tul de ilusion, todo rizado de ruches de tul de seda rayado de terciopelo negro microscópico.

Es necesario recoger cada actualidad en su tiempo, y por eso hacemos aparecer bajo el cuello Muscadin ó el Increible la corbata Mirlinton.

Veó sonreir á mis lectoras; pero, si, señoras, la corbata Mirlinton, recordando los mirlintons de la fiesta de Saint-Cloud, y, sin embargo... sin divisa.

La corbata Mirlinton es rayada de dos colores.

Con respecto á los adornos de guarnecer, tendrán el estilo Luis XIV, y las vueltas de las mangas serán enteramente mosqueteras.

Toda la pasamanería del dia es deslumbradora de

Y la cuarta en marabouts rosas.

zos de e
tada

azul. Un pañuelo de encaje se trasforma en flor, perfumado con el ramillete del mundo elegante que M. Delettrez destila de las primeras flores de mayo.

Mientras mis elegantes aspiran tan superior aroma y despiden el ya connaturalizado con ellas, se ocupará en sorprender nuevos secretos para embellecerlas.

Recomendamos á nuestras suscriptoras el establecimiento *La Novedad*, cuyo anuncio verán en la plana correspondiente. Es una de las casas mas acreditadas de Madrid, en especial para trajes de niños, donde se hallan géneros de una baratura sorprendente y de un gusto tan delicado como bello.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE NIÑOS.

Traje de glasé gris plomo para niño de cinco á seis años. El pantalón es ancho, y lleva en el costado un adorno de cinta de pasamanería y cascabeles negros. Chaqueta adornada en el mismo género, y botinas negras.

Traje de glasé gris plomo para niña de cinco á seis años. Es de glasé moteado de verde, con una guarnicioncita al borde de la falda y un encañonado de cinta encima. Cuerpo de escote cuadrado; manga corta abierta por encima, y cinturón con largas caídas redondeadas en los extremos y adornadas con la misma cinta encañonada. Camiseta de batista con cuello y puños vueltos. Sombrero de paja calañés con plumas de pavo. Botinas verdes.

la falda. Peinado de bandós vueltos hacia arriba y recogidos con el resto del cabello en una redecilla azul. Botinas de raso.

Cuarta figura. Vestido para niña de cinco á seis años. Es de glasé moteado de verde, con una guarnicioncita al borde de la falda y un encañonado de cinta encima. Cuerpo de escote cuadrado; manga corta abierta por encima, y cinturón con largas caídas redondeadas en los extremos y adornadas con la misma cinta encañonada. Camiseta de batista con cuello y puños vueltos. Sombrero de paja calañés con plumas de pavo. Botinas verdes.

Quinta figura. Traje de lanilla color marrón para niño de cinco á seis años. El pantalón es ancho, y lleva en el costado un adorno de cinta de pasamanería y cascabeles negros. Chaqueta adornada en el mismo género, y botinas negras.

ADVERTENCIAS.

La cinta con que se adornan los trajes de las figuras primera y cuarta se vende ya encañonada, según viene de París, en el acreditado almacén de D. Julio Bernheim, calle de la Montera, núm. 12, segundo.

Creemos hacer un favor á nuestras suscriptoras con esta indicación, que ha de evitarles trabajo, y, sobre todo, á las modistas, que podrán comprarla por piezas y les saldrá muy arreglada.

Con el próximo número, y atendiendo á las repetidas instancias de algunas suscriptoras, repartiremos un figurin de trajes de amazona.

La esplicación del pliego de dibujos que repartimos con este número irá en el inmediato.

Debemos prevenir á las señoras suscriptoras que nos han pedido pongamos sus nombres en los pliegos de dibujos, que nos es imposible complacerlas por ahora, porque se traen de París; cuando se haga alguno en esta corte se pondrán, según lo hemos hecho anteriormente.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubé del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima Nº33 Pral Derecha MADRID-ESPAGNE

Ayuntamiento de Madrid

